

Entre poetas y lectores

La poesía entre las ruinas

Nelson Rivera*

Un lector de poesía es semejante a un feligrés: en su cabeza, como si fuesen oraciones aprendidas hace mucho tiempo, habitan versos imborrables, fragmentos de poemas, imágenes que se han fijado en su memoria para siempre. En una anotación de sus *Cuadernos*, Simone Weil establecía un parentesco entre oración y poema.

Como el creyente, el lector de poesía nunca está totalmente solo. En las peores horas, le acompañan unas palabras que resuenan en su interior. Palabras que dicen: hay cosas que importan, que invitan a seguir adelante. A pesar de todo.

Pero, a diferencia de quien acepta vivir con unas pocas oraciones, el buen lector de poesía quiere más. En esto se parece al melómano: quiere ampliar el campo de sus experiencias. Incorporar a su personalísimo almacén, otros poemas, otra poesía. Hay en el lector de poesía una ansiedad que, aun en sus modales sigilosos, no se calma nunca.

Así, el lector de poesía vuelve a las librerías. Asiste a sesiones de lectura de poemas. Se inscribe en cursos a cargo de especialistas. Y, en nuestro tiempo, participa en eventos, haciendo uso de plataformas digitales, cuyo asunto primordial es la palabra poética.

Aunque sabe que su experiencia de lector —el espectro de sus emociones, los sentidos que se despiertan cuando se detiene en un verso— es intrasferible, el lector de poesía se encuentra con otro lector de poesía y hablan de ella. Intentan compartir su hallazgo. Comunicar el júbilo del poema.

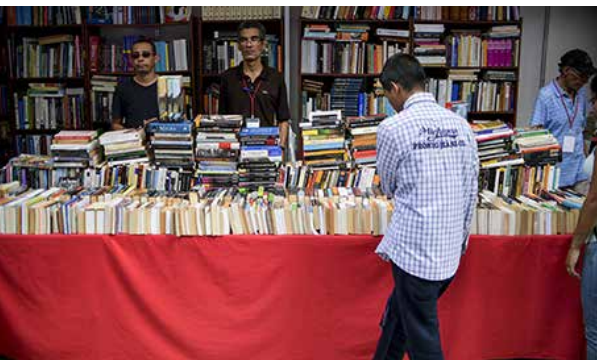
Esa energía, esa *irradiación poética*, muta y sobrevive: a las guerras del siglo XX, a los campos de la muerte, a la persecución sistemática en los regímenes comunistas. Ha sobrevivido a las dictaduras de cualquier signo, a catástrofes naturales o causadas por la intolerancia, y también a la banalidad de los tiempos que corren. Incluso, bajo condiciones de peligro extremo, hombres y mujeres se las han arreglado para que la poesía se imprima, se memorice, se reproduzca y circule. Ese circuito tiene algo de milagroso: poetas que escriben, lectores que acogen esas escrituras, en cualquier circunstancia.

Está pasando en la Venezuela del hambre y el Estado torturador: los circuitos de la poesía no se rinden. Ni declinan. Al contrario, mi sensación es que, en medio de las ruinas, viven

un auge. Ediciones impresas o digitales, producidas en el país o en el exilio; lecturas en espacios que son desbordados por un público ansioso; programas de carácter académico que desentrañan el hecho poético; casas editoriales como El Taller Blanco, Dcir, Letra Muerta, Oscar Todtmann Editores, La Poeteca, Gisela Capellín Ediciones, Sociedad de Amigos del Santo Sepulcro, Alliteration, Libros del Fuego, Ítaca, Sultana del Lago, La Diosa Blanca, Eclepsidra, Kálathos, Círculo de Escritores de Venezuela, y otras que se me escapan en este momento, que continúan publicando y cumpliendo con la tarea de tender canales entre poetas y lectores.

Es probable que, en términos demográficos, el circuito de la poesía en Venezuela sea minoritario, como en todas partes. Pero esto no debería interpretarse como una debilidad. Quizás sea lo contrario: el combustible que impulsa a escritores, editores, promotores culturales y lectores a encontrarse, a hacer del vínculo poético, un lugar de excepcional intensidad. Y es excepcional porque el poeta y el lector comparten un secreto: que la poesía, para quien elige habitar con ella, guarda preguntas y respuestas. Preciosas preguntas y respuestas sobre las cosas que nos importan.

*Director de El Papel Literario de *El Nacional*. | @nelsonrivera



YURI CORTEZ/GETTY IMAGES